

**JOSEP
FONTANA**
**EL SIGLO
DE LA
REVOLUCIÓN**

**UNA HISTORIA
DEL MUNDO DESDE 1914**



CRÍTICA

JOSEP FONTANA

EL SIGLO DE LA REVOLUCIÓN

Una historia del mundo desde 1914

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2017

Primera edición en esta nueva presentación: febrero de 2022

El siglo de la revolución

Josep Fontana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Josep Fontana, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-377-3

Depósito legal: B. 647-2022

2022. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex



LA GRAN GUERRA (1914-1918)

La paz que reinaba en Europa a comienzos de 1914 estaba cargada de amenazas que derivaban de una compleja dinámica de tensiones y enfrentamientos entre las grandes potencias: pugna en los Balcanes entre Austria-Hungría y Rusia por apoderarse de los territorios europeos del Imperio otomano (en la que también participaban, por su propia cuenta, Serbia, Bulgaria, Rumania y Grecia); enfrentamiento en África entre Alemania, Francia y Gran Bretaña por el dominio de las colonias (Alemania había llegado tarde al reparto del mundo: en 1900 los británicos tenían 367 millones de súbditos coloniales y los franceses 50 millones, mientras que los alemanes apenas llegaban a 12, menos que los holandeses o los belgas); deseo de revancha de Francia, a la que la derrota ante Prusia en 1870-1871 le había dejado una herida permanente...

En todas partes, además, los gobiernos veían con temor el desarrollo del movimiento obrero y el ascenso de los partidos socialdemócratas que los representaban en los parlamentos. Alarmado ante la revolución rusa de 1905, el emperador alemán —el Káiser, como se le llamaba— había escrito a Bernhard von Bülow, que era entonces su canciller, o sea, su jefe de gobierno: «Antes que nada hay que acabar con los socialistas, decapitarlos e impedir que puedan perjudicar, aunque sea por medio de matanzas. Y después hacer una guerra exterior. Pero no antes y no enseguida».

Que hubiese de acabar habiendo una guerra parecía seguro. En espera de que estallara las potencias europeas se habían agrupado en dos grandes bloques defensivos: la Triple Alianza (Austria-Hungría, Alemania e Italia) y la Triple Entente (Francia, Rusia y Gran Bretaña), y todas se preparaban para un futuro enfrentamiento en una fecha imprevisible.

LA DECLARACIÓN DE GUERRA

En las circunstancias que llevaron a la declaración de guerra hay tantos elementos contingentes que no ha de extrañar que, como escribe Annika Mombauer, se haya llegado a decir que «la guerra fue inevitable, improbable, evitable, previsible o que estalló por sorpresa».

En la determinación del momento de inicio influyeron sobre todo los alemanes, que en 1914 estaban mejor preparados que nadie para iniciarla —eran los únicos que se encontraban entonces en condiciones de enviar un millón de hombres al frente—¹ y que se sentían angustiados ante los planes de rearme de sus dos principales enemigos continentales, Francia y Rusia.

Temían quedar atrás en la carrera del rearme por la dificultad de obtener financiación para el gasto militar, como consecuencia de la compleja estructura del sistema político del Imperio alemán que, bajo el mando supremo del Káiser o emperador, cargo que ostentaba el rey de Prusia, era una especie de federación de monarquías que conservaban sus reyes, cortes, leyes e impuestos, pero donde la votación del presupuesto imperial dependía de una cámara elegida por sufragio universal, el *Reichstag*, donde no siempre era fácil obtener la aprobación de los partidos, y en especial del Socialdemócrata (SPD, *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*).

Ésta es la razón que permite entender que el Comandante Supremo del ejército alemán (*Oberste Heeresleitung* u OHL), general Helmuth Moltke, le pidiese en la primavera de 1914 al ministro de Asuntos exteriores, Gottlieb Jagow, que procurase iniciar una guerra preventiva lo antes posible, porque la situación militar de Alemania se estaba deteriorando.

Pero la fecha concreta en que se produjo la declaración de la guerra partió de un incidente imprevisto. El 28 de junio de 1914 un acto terrorista conmocionó Europa: el asesinato en Sarajevo del archiduque de Austria Francisco Fernando, heredero de la corona imperial, y de su esposa a

1. Ni los franceses ni los británicos estaban preparados para la guerra en el verano de 1914: los franceses contaban con aprovisionamiento de municiones para tres semanas, y los ingleses no tenían entonces más que un ejército profesional de 247.000 hombres, un tercio de los cuales estaban en la India y otros en África, repartidos entre diversas colonias.

manos de siete jóvenes bosnios partidarios de Serbia, alentados y armados por un militar serbio que actuaba a espaldas del gobierno de su país.

A los dirigentes del Imperio austro-húngaro, y en especial a los militares, a cuyo frente estaba el jefe del estado mayor, el conde Franz Conrad von Hötzendorf,² este atentado les daba una oportunidad para justificar una intervención contra Serbia con el objeto de frenar su expansión y consolidar la presencia austríaca en los Balcanes. Exigirían responsabilidades al gobierno serbio por el asesinato del archiduque y, de no recibir plena satisfacción a sus demandas, invadirían su territorio. Como había que temer que Rusia, aliada a los serbios, pudiese intervenir en su defensa, necesitaban contar previamente con el apoyo de Alemania.

Enviaron por ello a Berlín a un miembro destacado de su diplomacia, el conde Hoyos, para que explicase que se proponían actuar con dureza frente a Serbia, «incluso a riesgo de una guerra con Rusia». El emperador alemán, Guillermo II, no sólo aprobó esta conducta sino que el 5 de julio de 1914 le dijo al embajador austríaco en Berlín que la acción de castigo contra Serbia debía emprenderse cuanto antes y que, si se llegaba a una guerra contra Rusia, el gobierno de Viena podía estar seguro de que tendría el apoyo de Alemania «con la probada lealtad de un aliado». Al día siguiente el Káiser iniciaba sus vacaciones de verano con una excursión naval por las costas de Noruega.

Viena contaba a partir de entonces con lo que se suele llamar un «cheque en blanco» de Alemania, que se comprometía a respaldar su actuación contra Serbia. Como dice Hew Strachan, lo más extraordinario del «cheque» es que era realmente «en blanco». Los alemanes prometían apoyo a Austria de manera irresponsable, sin una evaluación de las consecuencias, al haber dejado en manos del gobierno de Viena la naturaleza de su actuación contra Serbia, sin imponerle restricción alguna.

Austria no podía poner en marcha de inmediato una acción militar, dado que el permiso veraniego que se daba a los soldados del Imperio austro-húngaro para que participasen en la recolección de las cosechas

2. Conrad mantenía relaciones adúlteras con Gina von Reininghaus, la esposa de un magnate de la cerveza, y había expresado en ocasiones su deseo de regresar victorioso de una gran guerra para forzar las resistencias sociales y convertirla en su esposa. La guerra no acabó en el soñado triunfo, pero el marido de Gina se divorció de ella, tras ocho años de tolerancia, y Gina y el jefe del ejército imperial se casaron en noviembre de 1915.

los mantenía estos días lejos de los cuarteles, lo que obligaba a esperar por lo menos hasta el 22 de julio para presentar el ultimátum a Serbia.

El texto con las demandas austríacas, que se entregó en Belgrado a las seis de la tarde del 23 de julio, y que fijaba un plazo de 48 horas para su aceptación, contenía exigencias muy difíciles de aceptar por un estado soberano, como la de que funcionarios austríacos participasen en la investigación del atentado de Sarajevo en suelo serbio. Era, en opinión de Edward Grey, ministro de Asuntos exteriores de Gran Bretaña, «la nota más fuerte que una potencia haya enviado nunca a otra, e imposible de aceptar».

Este ultimátum se interpretó generalmente como muestra de una voluntad de declarar la guerra. Así se entendió en Rusia, donde, a instancias del ministro de Asuntos exteriores, Sergei Sazonov, se celebró el 24 de julio una reunión urgente del consejo de ministros que acordó trasladar de inmediato los fondos del tesoro depositados en bancos de Berlín y adoptar en secreto las primeras medidas de preparación militar. Ese mismo día Sazonov aconsejaba al embajador de Serbia que diesen una respuesta moderada al ultimátum austríaco, aunque sin aceptarlo por completo, y le ofrecía la ayuda de Rusia en caso de llegar a un conflicto.

El ultimátum alarmó también a los británicos, que se daban cuenta del efecto que podía tener, si bien esperaban que la crisis pudiese neutralizarse a tiempo. Lo que en realidad preocupaba en aquellos momentos al gobierno de Londres, presidido por H. H. Asquith, eran sus problemas internos, asociados a la crisis de Irlanda, que iba a culminar en la revuelta de Pascua de 1916.

DOS SEMANAS DE CONFUSIÓN

El sábado 25 de julio el gobierno serbio dio una respuesta conciliadora al ultimátum austríaco, sin aceptarlo totalmente. Austria declaró rotas las relaciones con Serbia, mientras en Viena «multitudes entusiastas se manifestaban por las calles gritando a favor de la guerra».

Con la intención de complacer las presiones de Alemania el emperador Francisco José firmó la declaración de guerra el martes 28 por la mañana. Pero el Káiser, que regresó este mismo día de Noruega, leyó aquella tarde la respuesta de Serbia y opinó que no era necesaria la guerra, sino que bastaría con que los austríacos hiciesen una «demostración mili-

tar» para salvar su honor. Era tarde, puesto que la guerra se había declarado ya aquella misma mañana.

Ante la confusión reinante, la diplomacia alemana inició una serie de contactos con los gobiernos de Francia y de Rusia, advirtiéndoles que no movilizaran sus ejércitos, porque, en caso contrario, Alemania tendría que hacer lo mismo y se correría el riesgo de una «guerra europea». El canciller Bethmann llamó por su parte al embajador británico en Berlín para pedirle que su gobierno se mantuviese neutral si Alemania declaraba la guerra a Francia y a Rusia. A preguntas del embajador, Bethmann se comprometió a respetar la neutralidad de Holanda, pero no la de Bélgica. El gobierno inglés se negó a aceptar el trato.

El jueves 30 de julio los rusos, que temían verse sorprendidos por un ataque de Alemania, comenzaron a movilizarse en secreto, al tiempo que los alemanes iniciaban también su preparación para la guerra y exigían a los franceses que se comprometiesen a mantenerse neutrales si declaraban la guerra a Rusia, aliada de Francia en la Entente.

El sábado 1 de agosto Bethmann se dirigió al Bundesrat —la cámara integrada por representantes de los distintos estados, que era la que tenía la facultad de declarar la guerra— para comunicar que se había presentado un ultimátum a Rusia y una nota de advertencia a Francia, de modo que, si Rusia no aceptaba, se verían obligados a declararles la guerra, igual que sucedería con Francia, si no garantizaba su neutralidad. «No queríamos la guerra, pero se nos ha forzado a ella.» El Bundesrat dio apoyo unánime al canciller.

El gobierno británico, un ministerio de coalición de conservadores y liberales, estaba dividido respecto de la actitud que debían adoptar ante el posible conflicto europeo, de modo que optó por comunicar al gobierno alemán que para mantenerse al margen necesitaba una garantía de que se iba a respetar la neutralidad de Bélgica. Pero el ejército alemán había comenzado ya su avance hacia Bélgica y el domingo 2 de agosto presentó al gobierno de Bruselas un ultimátum en que se le exigía que dejase pasar las tropas alemanas en dirección a Francia; tenían hasta las dos de la tarde del día siguiente para contestar.

El lunes 3 de agosto la noticia del ultimátum alemán conmocionó a la opinión británica, y Grey se dispuso a hablar en la cámara de los Comunes para plantear la necesidad de enfrentarse a los acontecimientos de Europa «desde el punto de vista de los intereses británicos, del honor británico y de las obligaciones británicas». Grey mostró a los diputados la

amenaza de un futuro en que el poder alemán, instalado en las costas de Francia, Bélgica, Holanda y tal vez Dinamarca, les dejaría indefensos. Gran Bretaña, añadía, sufriría tanto si participaba en la guerra como si se mantenía al margen de ella, de ahí que fuese mejor participar en un conflicto que permitiría frenar la amenaza del desarrollo naval de Alemania. Una gran ovación mostró que había convencido a la mayoría de los diputados.

Ante la sorpresa de los alemanes, los belgas rechazaron su ultimátum. Como había que declarar también la guerra a Francia antes de invadirla, el embajador alemán presentó al gobierno francés la declaración de guerra hacia las siete de la tarde del día 3. Ese mismo día Italia, aliada a Alemania y Austria en la Triple Alianza, pero que no había sido consultada por los austríacos antes de presentar su ultimátum a Serbia, anunció que se mantendría neutral.

El 4 de agosto por la mañana las tropas alemanas invadieron Bélgica. A las tres de la tarde Poincaré comunicaba a las cámaras francesas que Alemania les había declarado la guerra, a lo que le respondieron votando por unanimidad los créditos necesarios, con pleno apoyo de los socialistas. Media hora más tarde Bethmann conseguía también en Berlín una aprobación entusiasta del Reichstag, a la que se sumaron igualmente los socialistas (que habían estado organizando actos contra la guerra hasta el mes de julio).

En este momento los alemanes confiaban aún en la neutralidad de Gran Bretaña; pero a las siete de la tarde el embajador Goschen llevaba a Jagow un ultimátum en que el gobierno británico daba de plazo al alemán hasta la medianoche para que detuviera la invasión y garantizase la neutralidad de Bélgica. Ante la negativa alemana a aceptar estas exigencias, Gran Bretaña declaró la guerra a la una de la madrugada. (Austria y Rusia, por quienes se suponía que había comenzado el conflicto, no se declararon la guerra hasta el 6 de agosto.)

LA GRAN GUERRA EN EUROPA

Éste iba a ser un conflicto de una nueva naturaleza. Las dimensiones de los ejércitos, que llegaron a movilizar en total a 74 millones de hombres, daban lugar a nuevas exigencias de aprovisionamiento y logística: la necesidad de transportar, alojar, alimentar y armar a millones de combatien-

tes, que no podían mantenerse sobre el terreno como los ejércitos del pasado, obligó a un enorme esfuerzo colectivo, en especial en el terreno de la producción industrial, que había de responder a la demanda de un número cada vez mayor de armas y proyectiles para el desarrollo de operaciones militares de una gigantesca envergadura.

La tecnología y la organización del aprovisionamiento estuvieron a la altura de las necesidades, no así la competencia de los militares. Cuando comenzó el conflicto hacía un siglo que no había habido ninguna gran guerra global en Europa. Los militares se habían acostumbrado entre tanto a las fáciles victorias en las guerras coloniales que condujeron a la conquista del mundo por los imperios europeos, gracias a la superioridad que les proporcionaban las nuevas armas —una sola ametralladora igualaba la capacidad de fuego de cuarenta a ochenta hombres con fusiles—, que resultaban de una brutal eficacia contra ejércitos indígenas equipados con armas primitivas. Los militares europeos no estaban preparados, en cambio, para enfrentarse a un enemigo que dispusiera de estas armas modernas, a las que en el curso del conflicto se añadieron todavía los aviones,³ los tanques y los gases tóxicos.

Los militares ingleses esperaban obtener la victoria con una gran carga de caballería, como la que en 1898 había llevado al triunfo en la legendaria batalla de Omdurmán a lord Kitchener, que era en 1914 su ministro de la Guerra. Pero los caballos no podían avanzar por los terrenos que la artillería había triturado, llenándolos de cráteres, y que estaban además atravesados por las trincheras. Hubo que emplear a un buen número de soldados en la tarea de preparar «caminos» para los caballos, rellenando de tierra los cráteres y construyendo puentes por encima de las trincheras, para establecer senderos señalados con banderitas de colores por los que los caballos pudieran pasar. Aunque la gran carga de caballería no se llegó a realizar, el coste de mantener un enorme número de caballos implicó que a lo largo de la guerra los británicos enviaran a Francia más alimentos para los animales que para los soldados.⁴

3. Los aviones se usaron inicialmente para la observación —el general Foch opinaba que eran «buenos para el deporte, pero inútiles para el ejército»—, pero las cosas cambiaron cuando el francés Roland Garros montó un rifle automático en su avión, y más todavía cuando un técnico alemán, Anton Fokker, consiguió sincronizar los disparos de una ametralladora ligera con el giro de la hélice.

4. Pero mientras los caballos permanecían estabulados en Francia, sin utilidad alguna, su papel fue decisivo en las campañas del Oriente próximo, donde

Los franceses, por su parte, seguían empeñados en cumplir con un reglamento en que el momento esencial del combate era la carga de la infantería a la bayoneta, avanzando a toque de trompeta para aniquilar al enemigo en combate cuerpo a cuerpo; pero la combinación de las alambradas y las ametralladoras hacían imposible la carga. En realidad, según el estudio de Jean Norton Cru, en la Primera guerra mundial parece que no hubo ni un solo caso de ataque a la bayoneta.⁵ Que los soldados avanzasen en línea, uniformados con unos pantalones rojos que los hacían fácilmente visibles (a diferencia de los demás ejércitos, que usaban uniformes con colores de camuflaje), representaba una práctica suicida que explica que tuviesen medio millón de bajas en los primeros meses.

Los alemanes, confiados en sus tácticas de «guerra relámpago», basadas en la organización de rápidos desplazamientos de tropas por ferrocarril (en el verano de 1914 se necesitaron 20.800 trenes de 54 vagones para transportar hacia la frontera occidental 2.070.000 hombres, 400.000 toneladas de pertrechos y 118.000 caballos) perdían estas ventajas al bajar de los trenes, obligados a depender de los caballos para el transporte de los suministros, y a someter a sus soldados a agotadoras marchas a pie. Avanzada la contienda, la fatiga de los soldados se combinó con la escasez tanto de caballos como de automóviles, mientras franceses y británicos les superaban ampliamente en la disponibilidad de vehículos de motor.

Pero el peor de los rasgos de esta guerra, que los soldados no tardarían en descubrir, fue el desprecio por las vidas humanas por parte de unos jefes a quienes no importaba mandar a sus hombres a la muerte para conseguir los éxitos personales que esperaban obtener de una victoria. El primer ministro británico, Lloyd George, le dijo en diciembre de 1917 a C. P. Scott, un periodista del *Manchester Guardian*: «Si la gente supiese [la verdad], la guerra se detendría mañana mismo. Pero, por supuesto, ni la saben ni deben saberla».

tuvo lugar, a fines de octubre de 1917, la mayor carga montada de la guerra, en que ochocientos jinetes de la caballería australiana conquistaron Beersheba.

5. «Declaro no haber visto nunca hacer uso de la bayoneta, no haber visto nunca una bayoneta manchada de sangre, no haber conocido nunca un soldado que la haya visto o un médico militar que haya constatado una herida de bayoneta.»

EL CURSO DE LA GUERRA: 1914-1915, FRACASO DE LOS PLANES ALEMANES

Los viejos planes del estado mayor alemán, pensados para atacar a Francia, hubieron de rehacerse para adaptarlos a una guerra en dos frentes, que debía incluir también a Rusia. La idea era dirigir el máximo de las fuerzas disponibles contra Francia, en una rápida y vigorosa campaña que se esperaba concluir en poco más de cuarenta días, mientras el ejército austríaco asumía inicialmente la mayor parte del esfuerzo en el frente oriental, conteniendo a los rusos con el despliegue de cuatro cuerpos de ejército en Galitzia (entre el sur de Polonia y Ucrania). Esto permitiría a los alemanes concluir rápidamente su campaña contra Francia, usando allí la mayor parte de sus fuerzas y, una vez concluida, transportar al este tres millones de soldados que, unidos a los dos millones que desplegaría Austria, les darían la victoria sobre Rusia. Las dos partes de este plan acabaron fallando.

Los primeros movimientos de los ejércitos alemanes, que contaban con más del doble de los soldados que habían podido reunir inicialmente Francia y Gran Bretaña, proporcionaron un triunfo rotundo a los invasores en la llamada «batalla de las fronteras» (16-23 de agosto de 1914). Fueron unas primeras semanas de confusión y desorden en que regimientos enteros de las tropas de la Entente se retiraban en un completo desbarajuste, en que los franceses sufrieron doscientas sesenta mil bajas y los británicos de la B. E. F. (British Expeditionary Force) fueron diezmados en combate.

El gran movimiento de ataque de los alemanes, en que más de un millón de hombres habían de ejecutar, entrando por Bélgica, un gran movimiento de cerco, se vio frenado al comienzo por la resistencia de los belgas, que retrasaron el avance alemán, y por las dificultades logísticas de desplazar y aprovisionar a su enorme ejército. Pero cuando los rusos comenzaron a adentrarse por Prusia, y ante las noticias de las atrocidades que los invasores cometían contra la población civil alemana, Helmut von Moltke no tuvo más remedio que retirar dos divisiones de Francia para reforzar a las del este. Puso al mando de las tropas del frente oriental al mariscal Paul von Hindenburg, que se había retirado en 1911, al que acompañaba Erich Ludendorff. La victoria en la batalla de Tannenberg (24-29 de agosto de 1914), donde cercaron al Segundo ejército ruso, que tuvo treinta mil bajas y dejó en manos alemanas noventa y dos mil prisioneros, fue un triunfo que les convirtió a los dos en héroes de guerra e inició para ambos una nueva carrera en la milicia y en el poder.

Los ejércitos austríacos estaban entre tanto sufriendo los efectos de un doble fracaso. La invasión de Serbia desde territorio de Bosnia, iniciada el 12 de agosto con fuerzas insuficientes y mal preparadas, sufrió en pocos días una vergonzosa derrota en la batalla de Cer. En Galitzia, donde Conrad dirigía el grueso de las fuerzas del imperio contra los rusos, con un total de 1.200.000 hombres, unas primeras victorias puntuales acabaron cuando el 11 de septiembre se vio obligado a ordenar la retirada, abandonando Lemberg (Lvov o Lviv), al no haber recibido de los alemanes el apoyo que esperaba: había perdido más de 350.000 hombres y abandonaba 1.000 locomotoras y 15.000 vagones. Sólo la resistencia de la fortaleza de Przemysl impidió que los rusos, que al llegar el invierno se encontraban sin los equipamientos adecuados para resistir el frío y la nieve, siguieran avanzando hacia Hungría.

En el frente occidental, en Francia, Joseph Joffre, comandante en jefe de las fuerzas francesas, consiguió restablecer el orden entre sus tropas, privó de mando a los generales que se habían mostrado más incompetentes, y decidió aprovechar la oportunidad que le ofrecía la retirada de las tropas alemanas que se enviaban a luchar contra Rusia, combinada con un erróneo planteamiento de Moltke, que dejó un vacío entre los dos ejércitos que avanzaban hacia París. La llamada «primera batalla del Marne» (5 a 10 de septiembre de 1914), que fue en realidad una compleja serie de combates dispersos, consiguió contener a los alemanes.

Moltke, que había estado dirigiendo la guerra a distancia, desde Luxemburgo, fue sustituido en el mando de los ejércitos alemanes del oeste por el general Falkenhayn, quien trasladó el escenario de los combates a la orilla del mar, en Flandes, un lugar importante para la defensa de los puertos por donde se recibían los suministros procedentes de Inglaterra. Contando con cuatro cuerpos de reserva, compuestos sobre todo por jóvenes voluntarios recién reclutados, quiso romper el frente en la primera batalla de Ypres (12 de octubre-11 de noviembre de 1914). Sus primeros éxitos dieron lugar a que el propio Káiser viajara para ver cómo se completaba la victoria; pero los belgas abrieron las esclusas de sus diques para crear un amplio lago que los alemanes no podían atravesar, y la Fuerza Expedicionaria Británica logró frenar el ataque en un combate que les costó cincuenta mil bajas, pero que causó más del doble a los alemanes, en especial entre los jóvenes reclutas que cayeron en lo que se iba a conocer como la «matanza de los inocentes de Ypres».

El viejo plan Schlieffen, con sus previsiones de rápidos avances para rodear al enemigo, iba a quedar definitivamente arrumbado. Se consolidó entonces una línea de frente de quinientos cincuenta mil kilómetros, desde la frontera suiza hasta el mar, que cambiaría muy poco en los cuatro años siguientes. Los alemanes se habían instalado en posiciones defensivas que dificultaban cualquier intento aliado de reconquistar el terreno perdido.

Los planes que preveían una guerra de corta duración, ganada gracias a la movilidad de los ejércitos alemanes, se venían abajo y obligaban a pensar en un conflicto mucho más prolongado, que obligaría a multiplicar los recursos destinados a la guerra. El propio Falkenhayn pidió que se negociase una paz separada con Rusia, porque pensaba que en una contienda prolongada en ambos frentes Alemania estaba condenada a ser derrotada como consecuencia del agotamiento de sus recursos.

Lord Kitchener, el ministro de la Guerra británico, había previsto, en cambio, un conflicto de larga duración, en que la participación británica se desarrollaría inicialmente en el mar, impidiendo la acción de la flota alemana y bloqueando el aprovisionamiento de materiales y alimentos a los imperios centrales. La participación del ejército de tierra se reduciría de momento a una modesta fuerza expedicionaria, mientras se preparaban los «nuevos ejércitos» británicos que tardarían un par de años en entrar en acción (pasaron de dos millones de combatientes a mediados de 1915 a cerca de cuatro millones a comienzos de 1918), lo que significaba que franceses y rusos tendrían que sostener entre tanto el coste humano de la guerra.⁶

El año 1915 fue un tiempo de desastres para los aliados de la Entente. El frente del oeste se mantenía inmóvil, sin que ninguno de los dos contrincantes consiguiera romper el equilibrio, con los soldados viviendo en las trincheras en medio del barro, «más parecidos a gusanos que a seres humanos», o muriendo en inútiles intentos de ruptura, como las batallas de Neuve Chapelle, en el saliente de Ypres (donde los alemanes usaron por primera vez los gases tóxicos el 22 de abril de 1915), y de Loos, cuyo

6. El fallecimiento de Kitchener en un naufragio, en junio de 1916, dejó la dirección del ejército en manos de los generales Robertson y Haig. Fue este último, sobre todo, el responsable de sacrificar un gran número de hombres en busca de la victoria decisiva.

fracaso llevó a destituir al general French del mando del ejército expedicionario británico, que pasó a Douglas Haig, quien, al igual que sus colegas franceses, creía que la guerra sólo podía ganarse con una «batalla decisiva» que rompiera las líneas enemigas y permitiera un avance triunfal.

De momento, y a la espera de reunir más fuerzas, franceses y británicos mantenían en el oeste una actividad limitada, con el objeto de aliviar la situación del frente del este, donde el ejército ruso sufría por la incompetencia de sus gobernantes, incapaces de atender las necesidades de los soldados, a los que podían faltar en un momento dado municiones, botas y alimentos.

Con el frente del oeste inmovilizado, Falkenhayn decidió reforzar la actuación en el este, donde la caída de Przemyśl en manos de los rusos, el 22 de marzo de 1915, volvía a poner en peligro la situación de los ejércitos de los imperios centrales. La llegada de tropas alemanas, con una enorme superioridad en artillería respecto de los rusos, que apenas tenían municiones para sus cañones (a consecuencia de los negocios que el ministro de la Guerra, general Sujomlinov, hacía con las contratas de armamento) permitió que las fuerzas conjuntas austro-alemanas obtuvieran una gran victoria en Görlitz en mayo de 1915 y que el 3 de junio recuperasen Przemyśl; en una semana los rusos perdieron doscientos diez mil hombres, cuarenta mil de ellos como prisioneros. Pero Falkenhayn no quiso seguir la campaña; no le interesaba ganar territorio, sino ir destrozando la resistencia de los rusos, con la esperanza de forzarles a abandonar la guerra, lo que le permitiría concentrar las fuerzas en el oeste.

En este mismo mes de mayo de 1915 los gobiernos de la Entente consiguieron convencer a Italia para que se sumase a su bando y declarase la guerra a Austria, con la promesa de concederle una serie de territorios fronterizos, así como zonas de Dalmacia y Eslovenia. El resultado fue que el comandante en jefe de las tropas italianas, el general Luigi Cadorna, un hombre de sesenta y cinco años, próximo ya al retiro, pasase los dos años siguientes lanzando ataques suicidas en el frente del río Isonzo (se cuentan once «batallas del Isonzo» entre junio de 1915 y septiembre de 1917, hasta llegar a la duodécima, que fue la derrota de Caporetto) y perdiera casi un millón de hombres en el intento. El único beneficio que proporcionaron los italianos a sus aliados fue el de mantener inmovilizadas en aquel frente tropas austríacas que hubieran podido combatir contra los rusos.

En los Balcanes el conflicto se planteó desde el inicio como una continuación de las guerras de 1912-1913. Cada uno de los contrincantes se sumó al bando que parecía estar en situación de ofrecerle mayores compensaciones territoriales. Bulgaria entró en la guerra en octubre de 1915 al lado de los imperios centrales, que le ofrecían cederle Macedonia. Con la ayuda de las tropas austro-alemanas, que atacaron por el norte y conquistaron Belgrado el 9 de octubre, los búlgaros invadieron Serbia y el ejército serbio, que no recibió de sus aliados los auxilios que necesitaba, y que fue víctima además de una terrible epidemia de tifus, se vio obligado a emprender una épica retirada hasta los puertos de Albania. De los cuatrocientos veinte mil soldados que integraban sus fuerzas armadas, sólo unos ciento cuarenta mil consiguieron llegar a estos puertos, desde los cuales las embarcaciones de la Entente los sacaron del país para, tras unos meses de recuperación, enviar ciento veinticinco mil a Salónica, donde siguieron combatiendo, sin aceptar la derrota.

Rumania, que se había mantenido neutral, se sumó a la guerra el 17 de agosto de 1916 al lado de la Entente, cuando el triunfo de Brusilov, del que se hablará más abajo, pareció que podía cambiar el curso de la guerra en el frente oriental. No fue así, y los rumanos fueron derrotados por alemanes y búlgaros, que ocuparon su capital y les obligaron a rendirse y a firmar el tratado de Bucarest el 7 de mayo de 1918. Grecia, por su parte, no intervino en la guerra hasta que fue prácticamente forzada a hacerlo en apoyo de la Entente el 30 de junio de 1917.

1916: EL AÑO DE LAS GRANDES MATANZAS

El año en que comenzó a cambiar el curso de la guerra fue 1916. El aumento del reclutamiento por parte de británicos y rusos, y la entrada de Italia al lado de la Entente desequilibraron las fuerzas armadas de los dos bandos, con 356 divisiones de la Entente contra 289 de los imperios centrales. Había aumentado también el volumen de la producción de armas y municiones por parte de franceses y rusos, a lo que se agregaban las grandes cantidades de armamento que la industria de Estados Unidos proporcionaba a Gran Bretaña y Francia.

Abandonada la idea de una guerra de movimientos, en que habían residido inicialmente las esperanzas alemanas de victoria, Falkenhayn, convencido de que el conflicto no debía prolongarse, optó por un nuevo

concepto: el de una guerra de desgaste que causase tal número de bajas al enemigo que, aunque no se le hubiese conquistado más terreno, le obligase a rendirse por su debilidad. La operación se dirigiría contra los franceses, tratando de conseguir que abandonasen la guerra, con el fin de poder concentrar todos los esfuerzos contra Inglaterra, que era para Falkenhayn el enemigo más temible. Su propósito era atacar objetivos que fuesen de tal naturaleza que obligasen a los franceses a utilizar en su defensa todas sus fuerzas, hasta desangrarse. El lugar escogido fue Verdun, una plaza fortificada que los franceses consideraban inexpugnable, pero que estaba mal equipada para su defensa.

La operación se preparó con una enorme dotación de mil doscientos cañones y unas provisiones de dos millones y medio de obuses, la mayor concentración de poder artillero que se hubiese visto hasta entonces. El 21 de febrero, a las 8.12 de la mañana, se inició el ataque con un bombardeo artillero al ritmo de cien mil proyectiles a la hora, destinado a aplastarlo todo, a la vez que se usaban gases tóxicos para debilitar la acción de los artilleros enemigos. Comenzaron a caer los primeros puntos del círculo de fortificaciones que componían el complejo de Verdun, pero la ciudad resistió aquel asalto. Para los franceses lo más razonable hubiera sido abandonarla, ya que se había convertido en una trampa mortal, mientras el terreno accidentado y boscoso detrás de ella era fácil de defender. El general Philippe Pétain, encargado de su defensa, opinaba que no merecía la pena resistir; pero el presidente de la república le dijo que era imposible abandonar la plaza: había que conservarla «a cualquier precio». Tal como habían previsto los alemanes, Verdun se había convertido en una cuestión de honor nacional.

A fines de junio el paisaje de la zona había cambiado: habían desaparecido bosques y poblados, y el terreno era una sucesión de cráteres de obuses, a modo de un escenario lunar. Los hombres vivían en medio de los muertos, víctimas, en ocasiones, de los errores de su propia artillería, que «no regulaba bien su tiro y nos hacía víctimas casi cada día», escribió en sus cuadernos Louis Balthas. Así se iba desarrollando una carnicería sin sentido que produjo unas setecientas mil bajas, repartidas por mitades entre ambos bandos. Verdun sería la más larga batalla de esta guerra (de febrero a diciembre de 1916), y una de las peores de la historia, si tomamos en cuenta su inutilidad y su coste en vidas y sufrimientos.

Ante una situación semejante Foch pidió a Haig, el nuevo jefe de las tropas británicas, que adelantase la batalla que los aliados habían preparado en el Somme, que iba a ser la primera gran participación del nuevo

ejército británico basado en el reclutamiento forzoso, dado que el número de voluntarios que se alistaban resultaba insuficiente. Antes de que empezara esta batalla, sin embargo, una desastrosa derrota del ejército austro-húngaro forzó a Falkenhayn a enviar de nuevo tropas en socorro de Austria. Esto, sumado al inicio de los combates en el Somme, le obligó a aflojar la presión sobre Verdun. Los franceses habían conseguido resistir, pero a costa de tantos y tales sufrimientos que prepararon el terreno para las revueltas militares que se producirían después, como consecuencia de la desmoralización general de los soldados.

El hundimiento del ejército austro-húngaro en el frente del este había comenzado meses antes, cuando el general Conrad se empeñó en lanzar una ofensiva en Italia, para lo cual retiró cuatro divisiones y la mayor parte de la artillería pesada del frente del este. La campaña del Trentino fue planeada por Conrad desde su cuartel general en Tischen, a más de mil doscientos kilómetros de un escenario italiano que le era desconocido, lo que explica que hubiera de aplazarse tres veces como consecuencia de los grandes espesores de nieve que había en las montañas. Iniciada a mediados de mayo, sus efectos positivos se habían agotado a comienzos de junio, al recuperar los italianos todo el terreno que habían perdido inicialmente.

Fue entonces cuando los rusos, atendiendo a las peticiones de ayuda de sus aliados occidentales, decidieron atacar al ejército austro-húngaro. La ofensiva la emprendió el general Alexéi Brusílov en la madrugada del 4 de junio; contaba con fuerzas muy inferiores en número a las de sus enemigos, pero su hábil gestión le permitió alcanzar una victoria espectacular, en la que el ejército austro-húngaro tuvo más de 475.000 bajas, incluyendo 226.000 presos. Conrad se vio obligado a ir a Berlín a pedir refuerzos a Falkenhayn, quien le obligó a abandonar sus proyectos en Italia y le proporcionó las fuerzas necesarias para contener un desastre que a fines de julio había causado al ejército austríaco cerca de medio millón de bajas, más de la mitad de las cuales consistían en presos o desertores. Desde este momento los mandos militares alemanes tomaron la iniciativa en las campañas en que intervenían conjuntamente con los austríacos.⁷

7. El emperador austríaco Francisco José falleció en noviembre de 1916 y le sucedió Carlos, un hombre de veintinueve años que llegaba al poder con propósitos de reforma y que no tardó en deshacerse de Conrad.

A Verdun le sucedió en suelo francés otra batalla catastrófica, la del Somme, que los aliados iniciaron a comienzos de julio y que iba a durar hasta el 18 de noviembre de 1916. Ésta iba a ser la primera gran acción protagonizada fundamentalmente por los británicos, con un ejército de reclutas jóvenes y sin suficiente experiencia de combate. Pero la causa fundamental de su fracaso debe atribuirse a la dirección del general Douglas Haig, un fundamentalista religioso convencido de estar realizando un plan divino para salvar al mundo, que fue incapaz de sacar partido de la gran superioridad de sus fuerzas y de su artillería.

Los planes iniciales del general Rawlinson eran prudentes y se limitaban a buscar el desgaste del enemigo; pero Haig quería un combate de penetración, que pudiera convertirse en la batalla decisiva, convencido de que los alemanes «estaban a punto de desmoronarse». Un teniente inglés escribió en una carta, momentos antes de empezar el combate: «Estamos a pocos minutos del comienzo del fin de la cultura alemana». Era lógico esperar el éxito si se tomaba en cuenta la superioridad en hombres y armamento de las fuerzas de la Entente (19 divisiones, más 10 de reserva, contra 7 divisiones alemanas, y un número mucho mayor de aviones y de piezas de artillería).

La operación comenzó con un gigantesco ataque de artillería en que 1.437 cañones lanzaron un millón y medio de obuses durante una semana (se dice que el ruido de los cañones se oyó desde Londres). El 1 de julio las tropas británicas y francesas (todas las que no estaban ocupadas en Verdun) habían de avanzar sobre la tierra vacía, donde se suponía que las alambradas habrían sido destrozadas por el ataque artillero, para ocupar las trincheras de unos alemanes muertos o aterrorizados por el bombardeo. Pero los alemanes habían mejorado mucho las técnicas de defensa y podían resistir estos bombardeos artilleros en los refugios subterráneos que habían construido en los dos años de ocupación de aquel terreno.

A las 8.30 de la mañana del día 1 de julio empezaron a sonar las llamadas que ordenaban el comienzo del ataque y una línea de tal vez 55.000 soldados de infantería avanzó en un frente de cuarenta kilómetros de amplitud. Se les había dicho que la artillería lo habría aplastado todo y que el avance iba a ser un paseo. Llevaban encima una carga que les obligaba a caminar lentamente, sin que pudieran correr o moverse con rapidez, y que les hacía difícil trepar para salir de una trinchera.

Un oficial médico alemán ha contado lo que sucedió cuando comenzó el avance de los ingleses: «No esperaban que nadie hubiese sobrevivido

al bombardeo. Pero los que manejaban las ametralladoras y los soldados de infantería se arrastraron fuera de sus agujeros, con los ojos inflamados, las caras negras por el fuego y sus uniformes manchados por la sangre de sus compañeros heridos. Era un alivio poder salir fuera, aunque sólo fuese para respirar el aire lleno de humo y de olor a cordita. Empezaron a disparar furiosamente y los ingleses tuvieron pérdidas espantosas». Sus jefes no habían aprendido, concluye, «que era inútil dejar que seres humanos avanzasen contra las ametralladoras y contra un fuego intenso de infantería».

Lo que se consiguió el primer día fue ganar dos pueblos y un punto fuerte alemán a costa de 19.240 soldados ingleses muertos, 35.493 heridos, 2.142 desaparecidos y 585 prisioneros, a lo que hay que sumar unas 1.590 bajas francesas: en un solo día, el 1 de julio de 1916, el ejército británico tuvo más muertos que durante todas las guerras de Crimea y de Sudáfrica juntas, mientras que las bajas alemanas no pasaron de 13.000.⁸

Todo lo que se ganaba en los combates eran aldeas, que a veces se ocupaban por la mañana y se abandonaban por la noche, a costa de una inmensa mortandad. En nueve días de combate se había hecho retroceder a los alemanes de dos a tres kilómetros. El resultado final de la batalla, que duró cerca de cinco meses, fue conseguir un avance de diez kilómetros de profundidad, en un frente de unos cuarenta kilómetros de amplitud, a costa de 623.907 bajas aliadas, contra 429.209 alemanas.

Tampoco los alemanes salieron bien parados, puesto que las instrucciones de Falkenhayn de que defendieran cada palmo de terreno a toda costa fueron causa de grandes pérdidas. Dada la superioridad de los aliados en hombres y recursos, el desgaste sufrido en Verdun y en el Somme fue mucho más grave para los alemanes, lo que, combinado con el fracaso que significaba la ofensiva de Brusílov en el este y la inesperada entrada de Rumania en la guerra, explica que a fines de agosto de 1916 el Káiser destituyera a Falkenhayn, y lo reemplazara por Paul von Hindenburg, siempre con Erich Ludendorff como colaborador. Fue precisamente este último quien, tras acudir al Somme para ver qué fallaba, cambió por completo el sistema de combate, acabando con el sacrificio de grandes masas de infantería y con los planes fijados desde arriba, para dar

8. La prensa, sin embargo, tranquilizó al público británico diciéndole que todo iba bien y que las pérdidas humanas no eran importantes.

a los capitanes y tenientes que actuaban sobre el terreno más capacidad para adaptarse a la marcha del combate.⁹

Haig tuvo la desvergüenza de decir que la batalla del Somme había sido un éxito, porque había desgastado al enemigo. A. J. P. Taylor opina, en cambio, que fue un rotundo fracaso y, sobre todo, un desengaño: «El idealismo murió en el Somme. No hubo ya más voluntarios llenos de entusiasmo. Habían perdido la fe en su causa, en sus jefes, en todo excepto en la lealtad hacia sus camaradas de combate». Uno de los supervivientes afirmaba: «Los generales que ordenaron, planearon y dirigieron este criminal asesinato en masa fueron ascendidos, condecorados y más adelante ennoblecidos, en lugar de ser llevados a un tribunal y severamente castigados, en unión de los políticos que les habían incitado». En 1976 un oficial que había vivido la batalla concluía tajantemente: «El Somme no fue más que una matanza».

1917: ALEMANIA RECUPERA LA INICIATIVA

Hindenburg comenzó su gestión como Comandante Supremo del ejército alemán con un programa encaminado a alcanzar la victoria a toda costa, para lo cual pedía que se duplicase la producción de material de guerra y exigía un nuevo esfuerzo colectivo, lo que obligó a requisas de materiales —hasta las campanas de las iglesias— y al empleo de trabajo forzado —el de los prisioneros de guerra o el de trabajadores belgas reclutados a la fuerza— para cubrir aquellas actividades que no podían atender los obreros alemanes empleados en la fabricación de armas y municiones. Fue también entonces cuando exigió una reactivación de las campañas navales, lo que condujo a proclamar la guerra submarina sin restricciones.

Con Ludendorff mejoró la situación del ejército alemán en el frente del oeste, al corregir los errores que habían llevado al fracaso de Falkenhayn. Renunció de momento a las grandes operaciones al viejo estilo, e instaló sus fuerzas en las sólidas posiciones defensivas de la llamada por los aliados «línea Hindenburg» (para los alemanes «línea Sigfrido», *Siegfriedstellung*), con lo que consiguió prolongar su capacidad de resis-

9. En diciembre, al término de un año en que los franceses habían sufrido 950.000 bajas, Joffre fue reemplazado en el mando supremo del ejército francés por Nivelle.

cia. Los jefes militares de la Entente no acertaron en cambio a rectificar, como lo demuestra que siguieran sacrificando un enorme número de vidas de sus soldados en acciones de desgaste. Los ejemplos más claros de esta insensatez fueron los episodios del «Chemin des Dames» y, sobre todo, los combates en torno a Passchendaele, cerca de Ypres.

En el Chemin des Dames el nuevo general en jefe del ejército francés, Nivelle, quiso dar a mediados de abril de 1917 un gran golpe por sorpresa, en que no hubo tal sorpresa, puesto que los alemanes se enteraron de sus planes con antelación, pero sí un nuevo e inútil sacrificio de soldados (132.000 bajas francesas en poco más de diez días, con 28.000 muertos y 20.000 prisioneros). Entre los aspectos más lamentables del combate figura el trato dado a los «tiradores senegaleses», soldados africanos que fueron conducidos sin ninguna consideración a una masacre: se les llevó a zonas en que nevaba todavía, sin estar adecuadamente preparados. Pese a lo cual avanzaron, con bajas del 60 % —1.400 muertos en el primer día—, hasta que, por la noche, la propia artillería francesa acabó disparando sobre ellos.

La consecuencia inmediata de un estilo de guerra semejante fueron los motines de los soldados franceses, que se negaban a obedecer las órdenes de regresar al frente, con lo que crearon una situación que, de haberla aprovechado a tiempo los alemanes, les hubiese permitido penetrar hasta París. Ante la magnitud del desastre, Nivelle fue reemplazado por Pétain, que no organizó grandes campañas, porque era partidario de la defensiva, pero no pudo evitar que las bajas siguieran aumentando en los combates locales.

Más al norte, en el sector que cubrían los ingleses, Haig siguió buscando una gran victoria en la tercera batalla de Ypres, que se justificaba por la necesidad de asegurar el dominio de la costa. Los combates, que se iniciaron en junio, entraron en una fase decisiva el 13 de septiembre, con un ataque en que se lanzaron 3,5 millones de proyectiles, sin demasiado efecto. Después, de octubre a noviembre, las acciones se desarrollaron en torno al pueblo de Passchendaele, en un terreno convertido por las lluvias en un mar de barro: los hombres podían morir ahogados en un cráter lleno de lluvia, las caballerías se hundían con sus cargas, y los cañones no encontraban terreno sólido en que asentarse. Estos combates costaron unas 470.000 bajas a los aliados y 270.000 a los alemanes. Lo que no sirvió para nada, porque la localidad era difícil de defender y los alemanes la recuperaron el 1 de abril de 1918.